

## **EL PODER - EL IDEAL - LA PALABRA**

**Alberto Loschi**

Cuando reflexionamos sobre el poder en la experiencia analítica aparece en primer plano el poder que ejerce el analista en su tarea terapéutica. En otras ramas del actuar médico este problema queda oculto detrás de un prejuicio materialista (idealización de la materia) y encontramos razonable que un medicamento cure o que la acción mecánica del cirujano extirpe la enfermedad. Pero cuando se trata de un analista siempre intriga su poder de curar. Cabe pues preguntarse ¿de dónde surge este poder?, ¿cómo se establece?, ¿bajo qué criterios se ejerce? y ¿cuál es su destino?.

Una primera aproximación nos sugiere vincularlo con el tema más amplio de la transferencia. Y si partimos de la idea de que el poder del analista es función de la transferencia, conviene comenzar considerando los diferentes estratos que hacen al establecimiento de la misma.

Síntoma y transferencia -I-

Hay una disposición a la transferencia que es previa al encuentro con el analista, lo que Diana Turjanski, con una metáfora, llama "la existencia de valencias libres" en el futuro paciente.

Si queremos explicarlo metapsicológicamente podemos recurrir, entre otras posibilidades, al modelo propuesto por Freud en "Introducción del narcisismo", donde juega con los conceptos de libido hacia el yo y libido hacia el objeto. Puede darse el caso que la libido hacia el yo cubra todo el campo de la libido hacia el objeto, en cuyo caso no quedan valencias libres. Es el caso de las neurosis narcisistas que Freud consideraba no aptas para la transferencia (no vamos a ahondar ahora en este punto). Está luego el caso, más común, en que la libido hacia el yo no cubre todo el campo de la libido hacia el objeto. El monto de libido objetal que no encuentra satisfacción provoca frustración. De este monto depende la formación del síntoma que cubre vicariamente tales valencias libres. Desde esta perspectiva el síntoma ocupa el lugar de objeto para la libido objetal, lo que Julio Granel enseña diciendo que el síntoma es

por alguien, con alguien y para alguien. En esto reside el sentido de los síntomas; tener un sentido es estar 'dirigido a...'. Al decir que el síntoma ocupa lugar de objeto decimos que es en parte extranjero, "un cuerpo extraño", de lo cual podemos inferir que cumple entonces cierto papel de espejo: el síntoma, como objeto, le responde al sujeto devolviéndole una determinada imagen de sí. A partir de acá entramos en la cuestión de cómo afecta el síntoma al sujeto. Y, adelantamos, lo afecta de dos maneras, una tiene que ver con una identificación, la otra con una satisfacción de su vida sexual. Las dos provocan una fijeza en la dinámica del sujeto.

Veamos la primera. La imagen que el síntoma le devuelve al sujeto sustenta una identificación y esta identificación está dirigida desde y hacia el ideal. Por ejemplo, la fobia de Juanito, en tanto síntoma, devuelve una imagen: 'niño miedoso'; esta imagen sustenta una identificación: ser 'el nene de mamá' y esta identificación queda avalada por la madre, a la que también se dirige, madre que ocupa el lugar de ideal. Imagen, identificación e ideal se configuran en una interrelación que actúa como referente del sujeto. Que hagan a la

representación del sujeto implica que deban sostenerse, siendo uno de los factores que hacen a la fijeza del síntoma. La imagen que el síntoma devuelve es una imagen en la que el yo -narcisista- se complace, hace al narcisismo del yo; de allí su fijeza, es siempre la misma imagen.

La segunda razón de la fijeza que provoca el síntoma en la dinámica libidinal del sujeto tiene que ver con el malestar. El malestar del síntoma responde a una erotización que cubre vicariamente las valencias libres de las que hablamos; a esto Freud lo llamaba beneficio primario de la enfermedad. Esta ventaja económica, que Freud calificaba como una satisfacción sustitutiva, aporta otro referente del sujeto, el que hace a su vida sexual: "el síntoma es la expresión de la vida sexual del sujeto". Este carácter se constituye en el segundo factor que hace a la fijeza del sujeto en relación con su síntoma.

La relación del sujeto con su síntoma (objeto vicario) es bastante característica: se queja de él, lo hace responsable (culpable) de su padecer, considera que librarse de él es condición de su bienestar,

pero a la vez no se da cuenta que lo necesita y se aferra a él (identificación y beneficio primario de la enfermedad).

En tanto el síntoma provoca malestar y detiene el movimiento libidinal interviene significativamente en la dinámica psíquica. Podemos considerarlo entonces la manifestación de una fuerza y por ende la expresión de un poder. Tomando la perspectiva de Nietzsche podríamos decir que el síntoma es la expresión de una voluntad de poder; esto nos lleva a preguntarnos nuevamente: ¿de dónde viene ese poder? y ¿de qué poder se trata?.

Es el poder del síntoma lo que explica para nosotros la importancia que Freud le da a la apreciación, durante las entrevistas, de la relación que el sujeto mantiene con su síntoma y la importancia técnica que asigna a la intervención del analista tendiente a modificar dicha relación. Así lo dice en "Recuerdo, repetición y elaboración": "La introducción del tratamiento conlleva, particularmente, que el enfermo cambie su actitud consciente frente a la enfermedad. Por lo común se ha conformado con lamentarse de ella, despreciarla como algo sin sentido, menospreciarla en su valor,

pero en lo demás ha prolongado frente a sus exteriorizaciones la conducta represora, la política del avestruz, que practicó contra los orígenes de ella. Puede suceder entonces que no tenga noticia formal sobre las condiciones de su fobia, no escuche el texto correcto de sus ideas obsesivas o no aprehenda el genuino propósito de su impulso obsesivo. Para la cura, desde luego, ello no sirve". Esta actitud frente al síntoma depende del beneficio primario de la enfermedad. El poder del síntoma se ve favorecido por esta política del avestruz, como todo tirano su acción de dominio se ve menos perturbada cuanto más los súbditos cierran los ojos a la significación de lo que ocurre. Y Freud aconseja al analista tender a modificar esa política durante las entrevistas, dice: "Es preciso que el paciente cobre el coraje de ocupar su atención con los fenómenos de la enfermedad. Ya no tiene permitido considerarla algo despreciable; más bien será un digno oponente...Así es preparada desde el comienzo...una nueva relación con la enfermedad".

Al modificar el equilibrio de fuerzas -la relación con la enfermedad-, el analista sustrae poder al síntoma atrayéndolo hacia sí. Este esbozo

de poder que adquiere el analista marca los primeros pasos en el establecimiento de la transferencia. El analista va ocupando las valencias libres sustraídas al síntoma. De acuerdo al caso esto se manifestará como transferencia positiva o negativa; no reviste mayor importancia la cualidad que tome la transferencia, sí la tiene el que se establezca y el analista la ocupe. Desde esta posición de poder ganado su palabra tiene otro peso. Se establece así, progresivamente, un nuevo síntoma: la neurosis de transferencia; un efecto del proceder analítico. Así como el síntoma fue creado por el juego de fuerzas de la dinámica inconsciente, ahora el analista es creado por las mismas fuerzas. Y, como el síntoma, el analista es la expresión de una fuerza, de un poder. Durante la transferencia el paciente ubicará al analista en el lugar de su síntoma. Esta parte de la transferencia la podemos encontrar, como Freud lo indica, en muchas otras relaciones. Si la dinámica de la transferencia durante el tratamiento fuera sólo esto llevaría, como nuevo síntoma, sólo a una nueva identificación y a un nuevo malestar. Pero el analista, ocupando el poder del síntoma, tenderá a establecer otra relación

con el sujeto. Ejercerá de otro modo su poder; de este cambio de cualidad depende la tarea terapéutica.

De las preguntas iniciales llegamos a entender cómo se establece el poder del analista y nos acercamos a empezar a tratar los criterios desde los cuales se ejerce. Sin embargo no hemos podido abordar aún la fuente de ese poder.

### El Ideal del Yo

En "Psicología de las masas y análisis del yo", al estudiar los fenómenos de enamoramiento, sugestión e hipnosis para explicar la relación del líder con la masa, dice Freud que el líder es aquel que ocupa el lugar de ideal del yo. Lugar que le confiere un especial poder. Estaríamos tentados de trasladar esta misma explicación a lo que se manifiesta como el poder del analista, pero encontramos que hay muchos elementos que indican que ese poder del analista, que proviene de la misma fuente ideal, no se explica sólo por ello. El problema que nos ocupa se nos muestra más complejo. Sumado al hecho que Freud abandonara la hipnosis o que en "El Yo y el Ello"



indicara la inconveniencia de que el analista ocupe el lugar del ideal está la dificultad teórica y práctica de diferenciar la función del síntoma de la del analista si homologamos el poder de éste al del ideal.

La libido que inviste al ideal, y al objeto que ocupa el lugar de ideal del yo, es de índole narcisista y remite, en última instancia, al ligamen libidinal con objetos primarios. El síntoma, que sostiene esos ligámenes, toma su fuerza del ideal. Esto explica que cuando se ocupa el lugar de ese ideal pueda resultar suprimido el síntoma, como ocurre en la hipnosis, en el enamoramiento (la cura por el amor) o, a veces, en los inicios de un tratamiento al quedar puesto el analista en ese lugar. Se cambia, así, el síntoma por otra dependencia, en realidad otro síntoma. El analista, imbuido de las mismas fuerzas, tiende a emplearlas de otra manera.

De los tres estados que Freud describe en este texto: la relación de la masa con el líder, la hipnosis y el enamoramiento, la hipnosis es la que mayor semejanza guarda con la relación analítica. Sin considerar ahora sus diferencias vemos que la definición que da Freud del

vínculo hipnótico puede hacerse extensiva al vínculo analítico: "...una entrega enamorada irrestricta que excluye toda satisfacción sexual", agregando que "justamente las aspiraciones sexuales de meta inhibida (sean las que) logren crear ligazones tan duraderas entre los seres humanos". Este punto común entre la hipnosis y el análisis -la aspiración sexual de meta inhibida- forma parte del carácter ideal de tales vínculos. Pero, cuál es la fuente de la que el ideal toma su poder?. Dice Freud que en relación con este aspecto de la hipnosis, al que asigna el poder de "crear ligazones tan duraderas", "hay todavía mucho de incomprendido" y señala dos problemas. El primero es cómo esclarecer "acorde a la ratio un estado de enamoramiento que excluye aspiraciones directamente sexuales". Observemos que esto no depende del ideal que es perfectamente compatible con esas aspiraciones. El segundo es cómo explicar el mayor poder que presenta una persona sobre otra. Si bien podría intentarse explicar esta cuestión por intervención exclusiva del ideal, Freud no se conforma con ello y sugiere investigar por otra vía: la participación del terror.

Avanzando un poco más por ese camino sugerido por Freud podríamos decir que el horror al incesto, que puede explicar un estado de enamoramiento con exclusión de satisfacción sexual directa, es la pista que nos puede orientar en el camino de entender el poder del analista.

### Síntoma y Transferencia -II- . El Incesto

En "Tótem y tabú", donde asocia el tabú con el incesto, distingue a aquellos miembros de una comunidad que pueden tomar contacto con el objeto tabú, contacto que les otorga una suerte de poder: el maná, de aquellos otros miembros, los más, que ante el contacto pueden morir. La fobia al contacto protege de esa vicisitud. El caso de Moisés resulta un buen ejemplo. El pueblo de Israel no puede mirar directamente a Dios (el incesto) mientras que Moisés puede hacerlo sin caer fulminado por ello. De ese modo es el intermediario entre Dios y el pueblo. Encontramos así una fuente de poder que trasciende y explica al ideal: el incesto.

A partir de estas consideraciones volvamos sobre el síntoma y la transferencia. Ya hemos mencionado dos vertientes en el síntoma que fijan la dinámica libidinal: una identificación y el beneficio primario de la enfermedad, que guardan cierta relación con lo que Freud, al hablar de la represión, distinguía como destinos de la representación y del afecto, destinos que sugería investigar por separado. También se relacionan con lo que Fidas Cesio distingue entre las vicisitudes propias de la psiconeurosis y lo actual.

Al abordar el síntoma por la vertiente representacional el analista va ocupando el lugar del síntoma. Se comienza a instalar la transferencia y, como decíamos, el analista es ahora un nuevo síntoma estableciéndose la neurosis de transferencia. Desde esta vertiente puede actuar sobre la identificación y generar cambios. Pero no es suficiente. El analista pasa también a ocupar las valencias libres, las catexis que corresponden al destino del afecto. Si bien ambas vertientes van intrincadas, pueden investigarse por separado. Tomemos el historial de Juanito. Hay un primer momento donde lo que aparece es una crisis de angustia. En un segundo momento se

organiza la fobia a los caballos. La fobia es el síntoma que contiene un componente representacional -los caballos- y un componente afectivo -el miedo-. -Caballo- condensa toda una cadena de representaciones que remite al conflicto del complejo de Edipo, sostenido por identificaciones. El afecto -miedo- es una transformación de la angustia, transformación lograda al enlazarse a una representación -caballo-. El miedo es al caballo, en cambio la angustia, todavía no ligada al síntoma, es el modo como llega desde lo real el deseo incestuoso parricida, la satisfacción incestuosa. En ese primer momento de angustia Juanito se encuentra con la madre del incesto, la que exige el goce. Usando una expresión de Lacan, es la figura "obscena y feroz del superyó". El afecto angustia es la manifestación somatopsíquica de ese acto incestuoso parricida. El síntoma fobia del segundo momento es diferente. Sin poder explicarlos digamos que la figura del superyó (horror) troca su condición por la de ideal (amor), este pasaje deriva en una identificación. La madre es ahora el ideal y Juanito su falo. La angustia se transforma en miedo y el incesto-parricidio se metaforiza

en -caballo-. El ideal, sosteniendo el síntoma (fobia), actúa como intermediario evitando el contacto con el horror. Al organizarse, el síntoma se antepone a la angustia. De este modo podemos considerar al síntoma una suerte de intermediario que protege del contacto directo con el incesto. El síntoma hunde sus raíces en el incesto; así como Moisés toma su poder del contacto directo con Dios, el síntoma lo toma del incesto. El analista, en la transferencia, cumple un papel semejante.

La fobia al contacto sería, desde esta perspectiva, un carácter común a todo síntoma y también a la transferencia como lo evidencian los efectos que tienen los encuentros entre paciente y analista fuera del marco de la sesión. En cuanto al síntoma, es dable observar en la clínica efectos significativos que en ocasiones se producen cuando un síntoma se suprime. Una paciente que padecía una frigidez pertinaz, antes de poder empezar a experimentar orgasmos pasó por un período donde aparecían, en lugar de orgasmos, accesos de angustia de muerte. En lugar de 'la petite mort' del orgasmo era 'la grande mort' del incesto. Un paciente, impotente, al desaparecer su

síntoma presentó un cuadro de arritmia cardíaca con angustia de muerte inminente. Otro joven paciente, que era 'el hijo diez de sus padres' pero que se veía imposibilitado de acercarse a una muchacha, cuando por fin pudo hacerlo se sumergió en un ataque de pánico que lo mantuvo recluido en su casa por tres meses; a raíz de ello comenzó su análisis.

Si como antes decíamos, y como la clínica lo muestra, ese contacto directo hace presente la muerte (incesto), podemos decir que el síntoma protege de la muerte. Es como Moisés, un intermediario. El poder del síntoma, como el de Moisés, sería proporcional a la distancia que establece de la muerte.

El papel del analista es semejante: por un lado es un intermediario, por otro, como el síntoma, hunde sus raíces en el incesto; es el intermediario y a la vez el que presenta el incesto. Esta doble función que hace al lugar del analista se corresponde con dos dimensiones de la transferencia: la transferencia que es síntoma y la transferencia que es vivencia. Para referirnos a este particular lugar hablaremos del analista como velo del incesto, expresión quizás ambigua pero

que tiene la ventaja de indicar a la vez que separa del incesto y presenta el incesto. Es conocida la vivencia de muchos pacientes que sienten en el análisis un reaseguro que los protege de algo...siempre impreciso pero que en última instancia es la muerte (incesto). Ahora bien esa muerte, a la vez, está presentada por el analista mismo. Podemos decir que el horror que despierta el analista (incesto) es necesario tratarlo con el analista (intermediario). Este doble carácter del analista es también el del ideal lo que lleva a preguntarnos en qué punto y de qué manera empieza a distinguirse el analista del ideal.

Cuando hablamos de muerte está incluida en ella la idea de incesto ya que, como dice Cesio, cuando se presenta a la conciencia eso que en la teoría llamamos -incesto-, lo hace a través de la idea de muerte. Por ejemplo, en la cultura, la manifestación más directa de la prohibición del incesto es la prohibición de la muerte. Por ser algo tan constitutivo no reparamos en ello pero nadie es dueño de su muerte, no tenemos derechos sobre ella y sólo podemos apropiárnosla mediante una transgresión fatal: el suicidio. Hasta



podríamos especular que la enfermedad grave, mortal, espanta no tanto por la cesación de la vida sino por involucrarnos en esa transgresión, la peor de todas, que es la de apropiarnos de nuestra muerte. El temor y la fascinación de la muerte son los mismos que Freud describía para el incesto. Todo ello habla de la relación estrecha entre incesto y muerte. Estas consideraciones sobre el horror al incesto y la muerte nos acercan a comprender algo más acerca de las raíces del poder.

### Poder y Pulsión de Muerte

Históricamente el poder era de aquellos que tenían 'contactos' con la muerte, ya para darla ya para evitarla; los primeros sacerdotes recibían la jerarquía de acuerdo a su poder de curar. Dice Baudrillard que "históricamente el poder sacerdotal se funda en el monopolio de la muerte y en el control exclusivo de las relaciones con los muertos". En toda organización social el poder es aquello que vela por esta prohibición de la muerte, vela la muerte; el poder es una máscara de la muerte y, como agrega este autor, "el poder sólo es posible si la

muerte no es libre". En última instancia es el horror a la muerte lo que lleva al esclavo a obedecer al amo -el amor es una vicisitud secundaria que bien puede no darse-, y basta que el esclavo se quite la vida para que se derrumbe el poder del amo sobre él. De ahí la condena del suicidio por todo poder instituido, sobre todo por el poder religioso. Hasta podríamos hacer la hipótesis que al hereje se lo perseguía no tanto por su fe contraria sino por ser alguien capaz de poner en juego su vida, razón por la cual se lo mataba antes que él pudiera hacer libre uso de su muerte. La pena de muerte en nuestras sociedades debe tener esa raíz, al condenado se lo mata no sólo por castigo o ejemplo sino por ser alguien capaz de amenazar el monopolio que el poder tiene sobre la muerte. En el análisis, la reacción terapéutica negativa, también es algo que responde a este juego de fuerzas.

El poder toma su fuerza de la muerte y la vela, en el doble sentido de mantenerla separada y mantenerla presente. El poder es lo que protege de la muerte (amor), pero si protege es porque también amenaza con la muerte (horror); es aquello que se ha apropiado de

la misma y puede devolverla. El poder es poder dar muerte. El poder es máscara de la muerte.

El analista recibe su poder al ocupar ese lugar de velo de muerte y lo mantiene en tanto la muerte sea un velo porque, como en el cuento, detrás de ese velo, detrás de la máscara de la muerte, hay nada. Luego volveremos sobre esto.

Expongamos ahora a modo de corolarios lo que puede desprenderse de lo dicho..

- El analista es velo de la muerte separada (prohibida).
- La muerte prohibida genera una tensión, una suerte de fuerza elástica que impulsa al retorno.
- La tensión que atrae la muerte separada es pulsión de muerte.
- La fuerza de esa tensión, encarnada en una instancia que vela la muerte, se hace poder.
- El poder entonces recibe su fuerza de la pulsión de muerte.

- El poder del analista, ocupando ese lugar de velo, es efecto de la pulsión de muerte.

- El analista con el poder de la pulsión de muerte protege de la muerte y, por lo mismo, amenaza con la muerte. La amenaza es la compañera latente de toda protección.

- Este poder es el poder que tiene el amo sobre el esclavo. Como dice Hegel, el amo se enfrenta con la muerte mientras el esclavo cede ante ese riesgo. El amo se hace dueño de la muerte y carga con la pulsión de muerte del esclavo. Ese es el poder del ideal, el poder del líder sobre la masa, el poder del hipnotizador y, también, el poder del analista.

- Si lo que puede la fuerza (pulsión de muerte) es llevar a la muerte, el poder es aquello que separa la fuerza de lo que ésta puede.

De ahí que aparezca como tan necesaria una instancia que ejerza este poder. Es el poder de las fuerzas reactivas. Nietzsche definía las fuerzas reactivas como aquellas que separan la fuerza de lo que ésta puede y ponía como ejemplo de la misma el poder del sacerdote,

que era el funcionario que actuaba de mediador con la muerte. Su poder surgía de esta disyunción de la muerte, que él mediatiza, y se mantiene mientras la muerte quede diferida, mientras pueda actuar como garante de ese suspenso de muerte. Es un poder que recibe su fuerza de la muerte, protege de la muerte y amenaza con la muerte. La lógica interna de este sistema hace que la muerte siempre esté cerca, siempre retorne. Ya como angustia de muerte, ya como muerte. Así es frecuente que el líder, que carga con la pulsión de muerte de la masa, lleve a la masa a la destrucción. El analista, cuando se identifica al ideal, favorece la reacción terapéutica negativa. Las fuerzas reactivas animan esta compulsión de repetición.

Respondimos con esto a la cuestión de dónde surge el poder y cómo el poder configura el ideal, que toma su fuerza de la pulsión de muerte. Ahora se hace importante pensar cómo el analista deriva esa pulsión de muerte; en qué punto se diferencia el analista del ideal y de qué manera lo hace. Esto tiene que ver con los criterios con los que el poder se ejerce en análisis.

## La Tierra de la Palabra

Volvamos al ejemplo de Moisés. Es un líder. Carga pues con la pulsión de muerte de su pueblo. Sin embargo no lleva al pueblo judío a su destrucción. ¿Cómo es esto posible?

Podemos explicar que Moisés, imbuido de este poder, no obstante no se identifica con el lugar del ideal.

Para ocupar el lugar del ideal es importante la imagen ya que el ideal se sostiene por identificación (libido narcisista). Es lo que vimos en la primer vertiente que explicamos del síntoma y el peligro en el que puede caer el analista en la transferencia. Es también el peligro en el que estuvo cerca de caer Moisés. En el episodio de Sin, cuando golpea a la piedra con su vara para obtener agua está haciendo uso del poder de su imagen y desatendiendo el poder de la palabra. De acuerdo a ciertas interpretaciones este es el motivo por el que Dios lo castiga, negándole la entrada en la tierra prometida. Si el ideal actúa por el poder de la imagen (identificación), de él se distingue el poder de la palabra como mediadora entre Dios y el hombre; la

palabra, ahora, mediando con el incesto. Cabe el siguiente interrogante: el poder del ideal y el poder de la palabra ¿son de la misma índole o se distinguen?, si se distinguen, ¿sobre qué puntos se establece la diferencia?. Sin poder responder acabadamente a esta pregunta, aceptemos provisionalmente que el poder del ideal y el de la palabra se diferencian.

Si se acepta este razonamiento se obtiene un esclarecimiento interesante. Moisés lleva su pueblo a la tierra prometida pero, paradójicamente, si hay un pueblo que se ha visto privado de tierra ese es el pueblo judío; sin embargo la fuerza y cohesión de este pueblo se mantiene a lo largo de milenios. ¿Qué pasó con la tierra prometida?. Obtenemos otra perspectiva si pensamos que la tierra prometida a la que el pueblo tiene acceso no tiene que ver con la cosa 'tierra' sino con la palabra. El pueblo judío habita la palabra, esa es la tierra prometida. Una vez logrado el difícil acceso a la tierra de la palabra deja de ser necesaria la figura que oficiaba de mediador: Moisés; lo que explica su exclusión en una interpretación alternativa a la del castigo divino.

Decíamos antes que el analista como mediador ocupa en la transferencia el lugar de velo; vela la muerte. El mismo lugar ocupa Moisés durante el éxodo; detrás del velo -Moisés-, amenaza la muerte. Pero la muerte es muerte en tanto velada, el incesto es incesto en tanto velado. Parafraseando a Nietzsche diremos: no creemos que la muerte siga siendo muerte cuando se le quita el velo, no creemos que el incesto siga siendo incesto cuando se le quita el velo. También decíamos antes que detrás de ese velo de muerte, detrás de ese velo de incesto hay nada, pero ahora podemos completarlo: cuando se llega a la tierra prometida, cuando cae el velo, cuando se encuentra la nada -nada de la cosa tierra-, lo que hay es la palabra. La palabra que hace mundo. Esa es la tierra prometida a la que llevó Moisés al pueblo judío y a la que es dado esperar llegar como fin de un tratamiento llevado a buen término.

Si el poder del ideal está dado por ser velo de la muerte (y del incesto) la tarea del analista es lograr que ese poder pase a la palabra; la palabra que hace mundo. El poder del ideal fija la dinámica libidinal del sujeto, la palabra, como acá la consideramos,



da fluidez a esa dinámica. La tierra del ideal es el desierto, donde están Moisés, Dios, la muerte. Es la tierra del narcisismo y del incesto, tierra donde no se puede estar solo y tampoco acompañado; siempre hay velos. La tierra prometida, la nada de tierra es la palabra y la palabra es la tierra donde hay 'los otros', donde hay mundo. El poder del analista, como el de Moisés, consiste en dar ese poder a la palabra.

Cuando el paciente puede poner el poder en la palabra, ésta le permite atravesar la fobia de contacto. La palabra, tomando su poder del incesto, es lo que permite completar el destino del afecto llevando al contacto con el otro. El ideal sostiene la fobia al contacto, la palabra, en esta dimensión particular en que aquí la consideramos, permite atravesar esa fobia completando y uniendo los destinos de la representación y el del afecto en el contacto con el otro (el mundo).

En otro trabajo distinguíamos entre la palabra-síntoma y la palabra de consciencia. Bajo las consideraciones acá desarrolladas podemos volver sobre esa distinción. La palabra-síntoma, la de la represión, es

la palabra separada de lo que puede. Está animada por fuerzas reactivas e insiste en su repetición. Sostiene la fobia de contacto y complace al narcisismo del yo. Mediante ella el sujeto establece relación con otro yo. La palabra de consciencia, en cambio, es la palabra unida a lo que puede. Está animada por fuerzas activas, que afirman. Atraviesa la fobia de contacto y separa al yo de su narcisismo. La relación se establece con otro que yo.

A través de este recorrido hemos dado respuesta a los interrogantes iniciales. A cómo se establece el poder del analista, hemos respondido: por la transferencia. A de dónde surge este poder, contestamos: de la pulsión de muerte. A cuál es su destino, dijimos: la palabra.

Quedan aún interrogantes: ¿cómo evaluar que se ha llegado a la tierra prometida?, ¿quién evalúa?, ¿se deja caer el velo o se cae solo?, si el velo cae antes del arribo, detrás del velo, ¿hay nada?, ¿o hay muerte?. Ubicarse frente a estos interrogantes hace a los criterios con los que el analista ejercerá su poder.